

*Conferencia:*

**PROCESOS TERRITORIALES EN LA ENCRUCIJADA DE LAS POLÍTICAS DE ESTADO. EL CASO DEL PUEBLO DE NAUSSAC<sup>1</sup>**

**Fiel, David**

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco

---

*El asunto*

“Todo documento de civilización es un documento de barbarie”, afirmó el filósofo judío-berlinés Walter Benjamin. Presentaré en lo que sigue un caso menor mas no insignificante de esta conversión de lo barbárico en civilizado (y viceversa), conversión que a la manera de una dialéctica negativa rige la producción de condiciones de vida en nuestras sociedades. Procederé según el orden de los años a fin de disponer en el tiempo la sucesión de unos hechos que podrán leerse a su vez como parte de un proceso de construcción o de destrucción, según el partido que se tome. En última instancia, el caso de la comunidad de Naussac, teatro del proceso geo-histórico que a grandes rasgos se reconstruye aquí, busca ilustrar también las alternativas de otro proceso, algo más abstracto en primera instancia aunque no insensible: el de los conflictos entre lo que aquí llamo la voz (la presencia humana ofrecida en su pura fragilidad) y el trabajo de las fronteras (institucionalización por lo regular compulsiva de las decisiones de Estado, en particular tras su consolidación textual bajo forma de leyes, edictos o decretos). Entre la voz, que no es en sí misma “la gente” sino una función estético-política que la gente asume (y que ésta, ni bien lo ha hecho, des-asume de pronto cuando la función se apaga, dejándola intacta para alguna otra ocasión y otro lugar), y un texto en apariencia irreversible, entendido como la cristalización de una voluntad asociada a un proyecto de Estado, Naussac, el teatro del conflicto, se ofrecerá como uno más entre los tantos avatares modernos dela antigua Judá y de la deportación dolorosa de sus habitantes, antiguamente a Babilonia según *Crónicas 2*, y hoy (porque la tragedia asume toques de comedia en sus repeticiones, según dijo Marx) a esas pequeñas Babilonias que son las casas de ensueño que flotan en los imaginarios del confort de la clase media, mar humano (¿exprofeso crecido?) donde suelen lavarse los males de la política.

---

<sup>1</sup> Conferencia ofrecida por el Dr. David Fiel durante las X Jornadas Patagónicas de Geografía, “Territorios: construcción, transformación y diversidad de perspectivas”, desarrolladas en la ciudad de Trelew, desde el 8 al 10 de setiembre de 2016.

### *Cronología sucinta de una catástrofe*

1963: medidas propulsadas por Georges Pompidou en su rol de Primer ministro bajo el mandato del general De Gaulle, condujeron a la creación, durante ese año, de lo que se llamó el DATAR, “Delegación para la gestión del territorio y la acción regional”. Geógrafos investigadores como Christophe Quéva o Yann Calbérac, han analizado las estrategias de ordenamiento territorial monitoreadas desde el Estado, es decir fuertemente centralizadas, como casos de una política que ellos denominaron “exógena”, opuesta a las políticas “endógenas”, propulsadas desde las distintas regiones del país. A fin de cumplir con las demandas de la estrategia firmada por Pompidou y que privilegiaba lo reticular-estatal a lo local (una red de casi 60 centrales nucleares se construiría a raíz de ello con el paso de los años), los diversos territorios de Francia debieron adecuarse a gran velocidad a esas posiciones emitidas desde París, que parecían desatender los intereses parciales de las zonas involucradas. Entre las prioridades, no sólo bajo De Gaulle y su Primer ministro sino también en los años inmediatamente venideros, tras el ascenso del mismo Pompidou a la presidencia en 1969, la exigencia de energía había pasado a constituir una urgencia de Estado; de hecho, la competitividad internacional impedía que se descuidase en lo más mínimo la razón del crecimiento. Tal vez, esos años fueron el teatro de la última carrera liberal genuinamente competitiva entre democracias burguesas, en la que las diferentes banderas fueron menos símbolos en un sentido tradicional, que insignias de empresas territoriales. A fin de no distraerse de los reclamos de esta carrera (pienso ahora en un cuento de James Joyce que se titula tramposamente “Race” y que, valiéndose de la doble significación del término, como “raza” y como “corrida” o “carrera”, aludía a las distintas nacionalidades que competían por el éxito histórico; territorios/naciones en situación de hipódromo, broma de Joyce que constituía quizás la última metamorfosis deportiva del Espíritu Absoluto de Hegel), y a fin de no extraviar el rumbo del progreso, los gobiernos debían comportarse de modo cada vez menos ambiguo; tanto en materias internas como externas, los proyectos de Estado concebidos bajo esas directivas imponían su prioridad por sobre no importaba qué otros proyectos regionales. La condición de “Estado de *excepción*”, tal como hace no mucho lo demostró el filósofo italiano Giorgio Agamben, fue en consecuencia la regla de urgencia que justificaba la reorganización de las acciones dominantes en cada país. Poder, prosperidad, estabilidad, objetivos de todo Estado moderno, implicaron desde siempre alguna clase de sacrificio. Allí donde el centro administrativo, sordo a toda realidad fuera de la que él mismo necesitaba promover,

redactaba su texto destinado a prometerse aquella trilogía de logros, la voz del individuo o del pequeño grupo, cosa precaria y frágil, debía por su parte enfrentarse a un destino de capitulación. El territorio, el espacio inteligible, y el terreno, el espacio sensible, el texto y la voz, chocaban por tanto, reproduciendo uno de los malentendidos mayores de nuestra civilización, que rara vez es tal sin un monto descorazonador de postergaciones y de omisiones que hablan de lo que todavía le falta a la “imaginación política” (tomo de la investigadora Paola Cortés-Rocca esta expresión) para ponerse a la altura de aquello que la representación en democracias promete ser.

1977: la administración de Giscard d’Estaing, sucesor de Pompidou en la presidencia desde 1974, procuró hacerle frente a la gran crisis de energía que atravesaba la nación (pero también toda Europa e incluso parte de América) a causa de los embargos petroleros decididos desde la OPEP. Se forzó así la exploración de alternativas de producción energética en el interior del país. Uno podría pensar aquí que aquello que la pobre gente del valle de Naussac experimentó por entonces, a saber: el inicio de la destrucción de su poblado, guardaba una relación indirecta pero no caprichosa con unos hechos políticos que, se diría, eran en principio totalmente ajenos al ámbito inmediato de su vida rural. Extrapolando casi ficcionalmente el caso, podría sostenerse que ciertos problemas territoriales entre árabes e israelíes, sumados a la toma de partido del imperialismo norteamericano en favor de Israel, su aliado geopolítico en la zona, había provocado el freno temporal a las exportaciones petroleras a Occidente, y que, como consecuencia de ello, un entero hemisferio, perplejo, se vio obligado a reconsiderar radicalmente sus propias políticas de energía. En otras palabras, un odio situado a casi 4000 km de distancia había repercutido en la destrucción de una minúscula y lejana villa rural, convirtiendo una tierra de trabajo, homogénea, uniforme, en un espacio esquizofrénico, en una versión territorial de la dupla maníaca del Dr. Jekyll y Mr. Hyde: la personalidad productora de energía nuclear, parte oscura y maligna del dúo, ocultaba su escándalo bajo la cosmética de un inminente lago artificial, parte bondadosa y presentable. Ese año, unas 8000 personas marcharon pacíficamente en Naussac con el propósito de contrarrestar la decisión estatal e impedir la construcción de la presa cuya actividad provocaría luego una inundación completa. Resistir todo lo posible con la esperanza de que la célula venciera por una vez al órgano, o bien aceptar la deportación como consecuencia de una medida verticalista contra la tierra y sus costumbres, tal fue, a partir de ese momento, la coyuntura de aquella gente. Delegaciones angustiosas, petitorios virulentos a la Prefectura, infructuosos, acompañaron aquella marcha. Todo sería en vano sin embargo: la presa se construiría a pesar de las voces.

Custodiada por agentes militares, la obra conllevaría la entera transformación del valle, traducido en pocos meses al fondo de un lago. El espacio inteligible había triunfado sobre el espacio sensible.

1981: la villa de Naussac en el departamento de Lozère, al sur de Francia, en la región de Languedoc vecina de los Pirineos, villa de más de mil años de historia, y junto con ella su valle, han quedado sumergidos por completo. En el lago artificial que resultó de esta mutación, y que el turismo regional comenzó a publicitar al principio con muy modesta euforia dado que la memoria local estaba todavía caliente, era posible ver aún el campanario de la vieja iglesia. Este afloramiento parcial, este gesto grotesco del pasado, oficiaba como “memento” de una presencia que parecía negarse a desaparecer del todo; ese despunte algo burlesco fundía de hecho dos cosas que pertenecían a órdenes diferentes: una herida histórica padecida por una población (que es movimiento, que es espacio y es tiempo) y una voluntad de olvido orquestada por el Estado (que es pura determinación burocrática, interesada). Se diría que dos planos de realidad completamente diferentes habían entrado en colisión, y que la pureza cosmética de la oferta de esparcimiento, interpuesta entre la realidad del desastre y los ojos del mundo, removería pronto la inconveniente arruga, la molesta huella. En breve, el pasado se tornaría totalmente invisible bajo la tersura del lago; nada quedaría de aquel cataclismo excepto para la memoria de los deportados y también para la consciencia de algunos investigadores que, hasta el día de hoy, no cesan de estudiar el caso, buscando resucitar científicamente las huellas de lo acontecido.

1996: la industria turística ha quedado adherida, por cierto, a un rol entre voluntaria e involuntariamente indigno: ser la mano que lava la cara del desastre, encubriendo con una oferta de cabañas, de windsurf, de pesca, de esparcimiento familiar, el recuerdo de la tragedia. En el ápice de este movimiento orquestado desde el gobierno central, el interés del voto (estamos ahora en el primer período de Chirac) exigía financiar el olvido de aquella crisis. Por ello, la decepción motivada por la experiencia dolorosa de la destrucción y de la deportación, viva aún pese a los años transcurridos, obligó al Estado a invertir en una traducción más, compañera tardía pero eficaz de aquel paso anterior de la superficie agropecuaria a profundidad acuática: se trataba ahora de dejar atrás toda timidez discursiva a la hora de encarecer la oferta turística, propulsando un divertimento y un bienestar casi redentores, haciendo la apoteosis del descanso, mitología pequeño-burguesa expresamente generada para fomentar el consumo de los veranos, clima predilecto de la clase media vacante.

1999: había que liquidar definitivamente el asunto, aquietar esas otras aguas que se resistían al reposo y al silencio, no siendo ellas de ningún modo aguas estancas, como las del lago creado, sino por lo contrario torrenciales; había que hacer de la memoria viva un lago segundo. ¿Era esto posible? Tras anegar el valle, vino entonces el anegamiento oficial del recuerdo, acción que, como suele ocurrir, se expresó bajo el espíritu de una nueva ley destinada a resarcir afectados. La “Ley de orientación para la gestión y el desarrollo durable del territorio”, promulgada ese año bajo Chirac, pretendía mostrar hasta qué punto el Estado asimilaría la experiencia de un desastre que sólo había aportado intranquilidad pública y ahondado la brecha entre los decretos ministeriales y las voces del presente. El Estado, institución cuya existencia prueba que la duplicidad Jeckyll/Hyde jamás fue un capricho de la imaginación que urde ficciones, gusta alternativamente presentarse y ausentarse, mostrando de día el rostro rubicundo de su optimismo, sobre todo si la noche anterior se entregó a alguna desaforada torpeza. Con atraso, con muy demorada voluntad de reparación, esa ley de Chirac decidía privilegiar a escala nacional la movilización de los actores locales, públicos o privados, en función de proyectos de desarrollo regional. Esta fase novedosa de políticas “endógenas” daría lugar, algunos años más tarde, a la sustitución de la anterior política “exógena” del DATAR de 1963, por la nueva DIACT, sancionada en 2005 y responsable de generar la “Delegación interministerial para la gestión y la competitividad de los territorios”. Este festival de edictos ocurría como si la primitiva orden de exterminio, que databa de la crisis energética internacional, pudiese aspirar ahora a un olvido terapéutico tras esta restauración que proponía la carrera neo-liberal por el buen producto vendido; como si las políticas reticulares que públicamente se desentendían del pasado, bastasen ahora para lavar todo rastro de “herencia de gestión central” (expresión que tomo de Christophe Quéva). Bajo consignas apologéticas de identidad regional, de discursos exitistas que fomentaban el trabajo de las culturas patrimoniales asociadas a cada tradición local, se esperaba que aquel bochorno de un pueblito hundido quedase sepultado una segunda vez, tapando los restos del antiguo reclamo con una reivindicación épica que el Estado amplificaba a escala nacional. ¿Acaso no quedaba claro que un federalismo impuesto (y además tardío) sólo podía entenderse como una reformulación más de las anteriores políticas centralistas? Obligadas a cuadrarse a la regla feroz del texto de Estado, parece ser el destino de toda voz, siempre local, particular, frágil, experimentar los márgenes de la historia, hecha de momentos trancos, de olvidos, de postergaciones, de deportaciones a los bordes críticos de la vida. Nunca el territorio fue “la base de la existencia”, como ha sido dicho alguna vez, sino que un ser excesivamente empoderado, un

proyecto ontológico asociado al abuso de la naturaleza (como por otra parte ya lo había visto el mismo Walter Benjamin por la década de 1920), es la fuerza descomunal que condiciona siempre el devenir y el porvenir de los territorios; este ser excedido, concentrado en la realización a toda costa de su propia voluntad y entendido como la existencia en acto de dicho poder, constituye por desgracia la base de los territorios y de toda política de fronteras; es de él de quien depende nuestro porvenir (¿también el de la Tierra?) y no lo inverso. El sujeto, por cierto, aparece por encima de un cierto lugar; suele ofrecerse como un relieve móvil y hasta tierno por sobre los espacios; e incluso la esencia humana (si acaso se acepta la realidad de esta ficción), también constituye, pese a su condición ligeramente vaporosa, algo que sólo transcurre por encima del nivel del mar y a no mucho más de 10 km de altura. Estos objetos, que se diría casi inexistentes de tan trémulos y efímeros, hacen sin embargo que los territorios, cuyas tensiones parecen resolverse siempre por debajo del sujeto o del ser, dependan no obstante de éstos. ¿No son las leyes, después de todo, el palimpsesto en el que se reescribe como victoria de una totalidad abstracta e inubicable, la derrota de alguna parcialidad concreta cuyos rastros es preciso eliminar cuanto antes de las zonas vivas de la historia a fin de ya no oírlos, de ya no verlos? ¿No son ellas el lugar textual en que lo civilizado y lo barbárico celebran su tráfico, ese contrabando que le permite a las bacanales del poder fingir solemnidad por un rato de cara a sus espectadores?

#### *Algunas definiciones*

Llamo “texto” (en ocasiones “discurso”) a toda trama de identidad social o formulación que manifieste simbólicamente algún tipo de poder, de vector o de fuerza colectiva que busque imponer condiciones y reglas para la vida social. Construyéndose por medio de citas extractadas de los diferentes discursos de identidad, toda política representativa, base de nuestras democracias, termina pensándose a sí misma como una instancia suficiente para el aquietamiento de las ansiedades singulares que constituyen también una nación. El corolario de esto es simple: la construcción de textos de identidad conlleva la omisión de singularidades, de voces que por su misma constitución sensible no han podido integrarse a aquellos textos. Habitualmente, se pretende que los mecanismos de representación constituyen una recuperación directa y exhaustiva, en todo caso mínimamente mediada, de las diversas singularidades que habitan un territorio nacional; pero esto, como sabemos por experiencia, no ocurre de ningún modo así: el texto de Estado, su discurso, es siempre la expresión de un proyecto general cuyo humus político no está jamás en las voces sino en un diagrama de pluralidad, es decir en una hipótesis de representatividad. La pluralidad de las voces es siempre demasiado rica y extensa como

para suponer que cualquier programa político, por mayoritario que sea, logrará capturar alguna vez en un texto o discurso lo inagotable de aquella variedad. Entre los discursos de identidad y las voces, la máquina de la política no cesa de ahondar y cultivar esa brecha, ese intermedio que representa otro riesgo también territorial y del que sólo puede brotar, con el tiempo, la materialización de quiebres mayores. Sembrar esa brecha con omisiones metódicas, es sólo para una ulterior cosecha de rupturas en el dominio de la política.

Llamo “voz” a la forma material sonora, situada, de afectividades singulares nunca integradas del todo; ellas son por tanto el signo vivo de una incomodidad, la manifestación espontánea de la marginalidad en un ámbito bio-político cualquiera. La condición de voz, su destino estructural, consiste pues en quedar fatalmente atrapada en el interior de un discurso de Estado o de identidad, pero enmudecida en él; estando al mismo tiempo en un adentro y en un afuera, constituyendo el resto estético presente de una ausencia política, y experimentando por ello mismo una suerte de inclusión negativa, toda voz es un caso de vida desahuciada, es algo que se agita pero que no es política todavía, o bien que lo fue alguna vez aunque ya no más, aún si ella se expresa precisamente con el fin de solicitar una política (la cual, no obstante, jamás podrá llegarle *en tanto voz*). “La voz es el lugar de la negatividad”, sostuvo Giorgio Agamben en su seminario de 1990, *El lenguaje y la muerte*; por ello, tal vez, existir como voz (y sólo mientras se es voz o se encarna su función) significa hacerlo invariablemente en un margen político, en una zona de persistente no-representación o no-integración. Las voces se oponen estructuralmente a los discursos; no porque aquellas expresen un disenso ideológico o porque le hagan sitio a una posición alternativa o contestataria, sino porque ser voces, ser materialmente esa cosa infinitamente sutil, sensible e intratable, en particular por la política, implica ya la imposibilidad de representación. La voz es, por decirlo en lenguaje barthesiano, el “intratable” mismo de la política. En consecuencia, una voz sólo se deja oír como irrupción directa de una existencia no-integrada, como la quebradura en el interior mismo de las identidades y en general de los discursos de Estado; son el fruto directo que nace de aquella brecha. En este sentido, toda voz puede ser el inicio desde el que elaborar una crítica a la idea misma de representación y en última instancia de ideología. En un escrito del 1988 que devino famoso, “Can the Subaltern Speak?”, la teórica india Gayatri Chakravorty Spivak estudió algunos de los problemas que entorpecían la posibilidad de “hablar” para quienes existían en los márgenes de la política, fuese esta oficial o incluso opositora. Procurando radicalizar todavía más un escrito que ya había sido en su momento lo suficientemente radical, propongo que la condición misma de voz (aunque nadie tiene pegada para siempre esta condición, como

antes insinué: la posibilidad o la imposibilidad de hablar no cesa de moverse, de correrse de unos a otros, aún si es cierto, también, que millones y millones de gentes tienen razones poderosas para suponer que la imposibilidad de hablar se parece demasiado, para ellas, a un destino de perpetua mudez), más allá de razas, lugares y coyunturas, encarna como tal el afuera absoluto de toda promesa de representación. Ser una voz es invertir el rol de lo siempre irrepresentable en el juego político; ser una voz, por un rato, un día, un año, una década, una vida, es ingresar, durante ese lapso en el que la existencia resigna su derecho al eco institucional, a una zona exterior al código democrático y al mismo tiempo (en esto reside su real tragedia) interior a él. La peor de las desgracias políticas no es entonces la de quienes existen en el afuera del juego, sino la de quienes ven que su propia voz, precisamente por ser ésta lo que es, se expresa como el fantasma interior, opaco, de una casa perversamente clara, atravesada de discursos de racionalidad.

Llamo “frontera” a un tipo particular de institución humana, que expresa la variabilidad del poder, esa deriva territorial, a menudo violenta, que el ser de ese poder ha impuesto en el largo proceso histórico de reparto del mundo. Por ello, toda frontera es problemática; ella da forma territorial a la tensión siempre presente que el poder expresa con un doble movimiento de “protección” y de “proyección”, como lo expuso Derrida en *Aporías*. Este doble movimiento fue asociado etimológicamente por este filósofo a la palabra misma allí en cuestión, “problema”. Pensando en términos de referencias literarias, es posible remitir ello a ciertos versos de un antiguo poeta español, Gonzalo de Berceo, quien escribió al inicio de sus *Milagros de Nuestra Señora*: “corría los mojonos por ganar heredad”. Para ganar en posesión, para afirmarse y defender el propio ser, la propia mismidad, era preciso avanzar, proyectarse, mover mojonos, “correr” el terreno (otra “race” joyceana en plena Edad media). A fin de sentirse seguro en su atrás protector, era ya necesario, para el ser de ese poder, ir hacia adelante, avanzar, conquistar, administrar militarmente sus fronteras. De hecho, para ese ser de poder que sólo sabe auto-conocerse bajo especie territorial, es decir como proceso de posesión y de reparto del mundo, toda afirmación de sí adquiere siempre la forma de una toma de lugar, actividad de apropiación que no es de ningún modo un accidente histórico que alguna otra historia, diferente, corregiría, sino la realización directa de su propia esencia, la traducción material de su voluntad. Dicho de manera sucinta, la frontera es el ministro territorial del ser, y es por ello que los territorios, según declaró en su citado libro Derrida, son la “prótesis” de nuestra esencia, no su origen, menos aún su condición. En este sentido, la protección y la defensa (conceptos que, bajo otra terminología, podrían encontrarse ya en un Kjellen o un Ratzel) son por su parte la coartada de un avance

inminente, el discurso justificativo de un movimiento de fronteras a punto de acontecer. Proteger una frontera es prometer esa avanzada, de modo que todo discurso sobre el ser pueda leerse como la anticipación o la síntesis de un proyecto de imposición de fronteras y en última instancia de dominación. Ahora bien, si la voz era lo eliminado en los procesos de representación, no a causa de portar ellas una divergencia ideológica sino por su constitución materialmente ajena a toda ideología, por ser la manifestación fónica de la fragilidad humana, entonces podría definirse a la voz no solamente como lo eliminado de la representación política, incluso (y sobre todo) en las democracias, sino como aquello que carece de fuerza para imponer fronteras. La voz (retorno por un momento a Derrida) “se expone sin protección” puesto que su única frontera es ella misma como borde o límite vivo que no sabría auto-protegerse y menos aún expandirse, mientras que todo discurso o texto (legal, político) es en sí mismo un sistema de fronteras (simbólicas) que transporta argumentos de protección y de proyección. Por ello, cuando una voluntad de frontera se manifiesta, la voz desaparece, su sutileza se disuelve en el torrente de los discursos. Los petitorios de Naussac, las comisiones de rechazo a la Prefectura, habían dejado ya, al menos parcialmente, de ser una voz, es decir signos inmediatos de una realidad en riesgo, de una presencia contingente en vicisitud de extinción. Desnudas de toda frontera propia, “expuestas sin protección”, aquellas voces (en tanto voces y no como soportes ideológicos) se sacrificaban al discurso de Estado, mientras que las fronteras, inductoras de procesos territoriales en marcha, se manifestaban expresamente como lo que ya eran: instancias de supresión. Si “el yo es la diferencia de todas las máscaras”, según sostuvo Foucault en *Arqueología del saber*, podría decirse entonces que las voces expresan la diferencia viva de todas las fronteras, de todas las avanzadas “de protección y de proyección”; en suma, de toda voluntad de poder.

Por último, llamo “proceso territorial” a la actividad histórica, variable, de la movilidad de las fronteras. Desterradas las voces de este tipo de procesos, éstos le conciernen exclusivamente al ejercicio simbólico de un poder que se expresa en un nivel de realidad que no es exactamente el del terreno sólido ni tampoco el de la dimensión flotante de los mapas. Situado conceptualmente en un intermedio que toma su fuerza, en parte, del expediente cartográfico y diagramático, y en parte del plano del terreno puro, el proceso territorial proyecta su eficacia como función de su misma ambigüedad: este proceso tiene por función consolidar simbólicamente el proyecto de un cierto ser, es decir de un poder cuyo fin único consiste en “protegerse y proyectarse”. Por esto, un proceso territorial es el largo rastro dejado por la historia de un corrimiento de fronteras, por una voluntad (histórica)

de “ganar heredad”, “ontologizando” territorialmente la totalidad de lo apropiable. La historia misma podría ser entendida como la fenomenología de esas negociaciones siempre violentas entre fronteras. A la manera de la hojarasca o del liviano detritus otoñal, las voces son, por lo contrario, eso que los procesos territoriales en general barren o suprimen. Sin embargo, cuando el juego de las fronteras experimenta una crisis que interrumpe por alguna razón aquel proceso (a veces conflictos internacionales ocasionan a su pesar este detenimiento), es posible ver (u oír) que, como de la nada, algunas voces surgen de pronto para traer noticias de un presente que continuaba vivo pese a la fabricación administrativa de apariencias. La voz se deja oír cuando la máquina de las fronteras, transitoriamente descompuesta, ha frenado por un momento el proceso territorial. No es azaroso que el sujeto moderno, para quien estar vivo bajo figura social de excitación constituye el máximo valor, haya preferido gestionar su existencia por medio de procesos territoriales y de conflictos de fronteras; al cabo, que las consecuencias de esta opción contradigan frontalmente la creación y la conservación de esa “nuda vida” que para Agamben está en la base de todo, resulta consistente con el tipo de voz asumido por esta criatura sociológicamente tramada: la voz del sujeto que acepta prosperar a costa de otros es existencialmente afónica, a tono con aquella excitación ontológica en la que él decidió vivir.

#### *La voz-Gavary y el borrado de las huellas*

Definiré un objeto de estudio que, a mi entender, pertenece por derecho propio tanto a la geografía como a las letras. A este objeto lo llamo “voz” y lo entiendo, según más arriba lo estipulé, como la manifestación fónica directa de la sensibilidad humana fragilizada ante un desastre territorial. El caso particular de “voz” que consideraré, y que me servirá para introducir ese objeto que creo común a ambas disciplinas, estará representado aquí por las particulares intervenciones del ex-intendente de Naussac, Christian Gavary, en ocasión de un video filmado en 2003 por un equipo de geógrafos de la Escuela Normal Superior de Lyon, integrado por Yann Calbérac y por Martine Drozd, quienes gentilmente aceptaron cederme su material, base de la presente especulación. Dicho video de tesis, de 15’ tan sólo, titulado *Naussac: ¿haremos tabla rasa del pasado?*, cortometraje que acreditó una mención en el Festival Internacional de Geografía de Saint-Dié aquel mismo año, formó parte de un trabajo que Calbérac y Drozd realizaron tras haber cursado con el geógrafo Christian Lallier un seminario de antropología visual. Esta metodología de estudio tiene por finalidad, según lo declaró luego Calbérac en su propia tesis doctoral de 2010 (*Terrenos de geógrafos, geógrafos de terreno. Comunidad e imaginarios disciplinares en las prácticas de geógrafos franceses del s. XX*), exponer a los investigadores a un contacto lo más directo

posible con los gestos y las expresiones de los sujetos regionales, convertidos (a su pesar) en cuasi-objetos de estudio, procurando todo lo posible eliminar mediaciones entre investigadores y habitantes a fin de elaborar juicios escasamente contaminados.

Si la geografía, entre otras cosas, es la ciencia que estudia los diversos aspectos del hábitat humano, y si las letras, por su parte, son el depósito de la experiencia sensible del hombre en sus contactos con otros hombres en aquel mismo, vasto hábitat, no debería sorprender entonces que, a la corta o a la larga, algún objeto apareciese para revelar la íntima co-pertenencia del hábitat y del habitante, punto de unión que hará de ambos aspectos, solo en apariencia apartados, una misma cosa; luego, cuando el habitante y el hábitat han sido forzados por alguna razón a una separación brusca, como el caso que aquí me ocupa lo ejemplifica y que supone la incidencia, en esa separación, no ya de un accidente natural sino de intereses de hombres más poderosos sobre un cierto grupo “expuesto sin protección”, entonces tampoco debería sorprender el perfil apenado de una “voz” que, súbitamente aparecida, dé cuenta de dicha situación límite.

En ocasión de los sucesos que afectaron a la villa rural de Naussac, el ex-mandatario en retiro se limitó a expresar su pena personal, invistiendo aquella función de voz a la que me he referido más arriba. En sus declaraciones (y el examen de este hecho está en el origen de mi interés por todo este asunto) se destaca mucho más el elemento expresivo, vocal, corporal, que el elemento ideológico, del que en principio (se creería) la voz es tan sólo un vehículo. La voz de Christian Gavary, cuyos excesos expresivos me intrigaban, constituía para mí un acontecimiento muy difícil de asir y de caracterizar, hasta que decidí considerar el hecho bajo especie teatral, es decir como parte de una antropología gestual que incluye (de acuerdo con las indicaciones de Eugenio Barba) desde luego la voz, y junto con ella todo recurso supra segmental, complejo sintético que en su pureza presente y actuante recusa aquello mismo a lo que la voz suele serle entregada en nuestras sociedades: las maniobras de la razón, las representaciones, los discursos. La voz, diría Roland Barthes, no “hace acepción de ideología” precisamente porque en ella (en la placa de su “grano”) se reúnen de modo indisoluble dos especies primitivas, anteriores a toda manipulación codificada en símbolos de poder: un cuerpo y un lugar, relación que no es de posesión sino de afecto. Y cuando el lugar le es de pronto arrancado al cuerpo (o viceversa) y esa comunidad primitiva se disuelve, entonces la voz (una voz cualquiera, función flotante que siempre se recrea) se manifiesta desde su fragilidad con el solo fin (jamás ideológico) de dejar una huella sensible de lo acontecido.

A fin de no alejarme demasiado del método antropológico-visual puesto en práctica tanto por Drozd como por Calbérac en el mencionado video (y en sus respectivas tesis), citaré sin más prólogo algunas de las frases del ex-intendente Gavary, tomadas de la transcripción que la investigadora Martine Drozd hizo a partir del “footage” no editado. Estas frases valen para mí por todo un tratado de los escándalos de la desaparición de formas de vida en nuestro mundo actual.

“Naussac está allí, sigan la dirección de mi mano...Todo ha sido removido y solamente quedan recuerdos, imágenes...Naussac es ahora del orden de lo imaginario, del imaginario del pasado....Ha desaparecido, ¿pero acaso está muerto?...Naussac está vivo en cierto sentido, aunque tampoco del todo...No era un lugar en el que se vivía con facilidad, no había riquezas excepcionales, pero sí había un equilibrio y una vida que transcurría en orden...Nunca hubo un drama personal grave [tras la deportación e inundación], más allá de los dramas afectivos por dejar el lugar, su casa y sus costumbres, cuando uno no lo ha decidido....La gestión de los cursos de agua, de las retenciones de agua, en fin, la economía nacional en la que todos se interesaban, no era de ningún modo su vida cotidiana. No era ese su problema particular...Naussac era un pueblo que no debió haber sido suprimido sin antes reflexionar en el devenir de la comunidad y no solamente en los individuos que la componen... ¿Pero está realmente anegado?, ¿qué quiere decir esto? Yo digo que no, que no está anegado porque ha desaparecido; eso no es estar anegado. Si se sabe nadar no es posible anegarse, se flota como un barco. ¿Estar anegado querría decir entonces ya no estar más, completamente? No; pienso que Naussac no es ahora este pueblo nuevo, esto es otra cosa. Este pueblo nuevo es tan sólo un loteo”.

“Todavía veo la iglesia. Mire bien, se la ve salir del agua, allí está...No es tanto la idea de que pueda haber un lago artificial, si bien no sentía ningún interés particular por esta idea, sino por el hecho de que un pueblo pudiese ser suprimido así...Jamás hubo la menor preocupación por el devenir colectivo de esta entidad humana que se llama pueblo y que era algo complejo porque había allí intereses diferentes. Pero era un pueblo con una historia, una antigua historia. Naussac tenía más de mil años...El nuevo pueblo no es un loteo desagradable, posee sus cualidades para la vida cotidiana, es moderno, hay confort, está bien organizado, con esparcimientos varios, calidad de vida, pero nada de esto tiene que ver con la Naussac que hemos conocido...Aquella otra entidad que venía desde muy lejos, de generación en generación, aquella Naussac, que haya desaparecido, lo encuentro una idea insoportable, y esto me parece más importante que la gestión de la vida cotidiana, necesaria puesto que es parte del rol de la cosa común, aunque no es ello lo que me preocupa ahora

en primer lugar...La ciudad ha desaparecido materialmente, y algo ha sido reconstruido que se llama también Naussac, pero no es Naussac; se debía haber encontrado alguna otra cosa, una idea, una organización que perennizara de la mejor manera posible un recuerdo que de golpe pudiese pasar a ser presencia, de esa Naussac que venía del fondo de los tiempos...Retomo la idea de que una comunidad humana no puede desaparecer sin que su devenir colectivo sea tomado en cuenta...Asociemos entonces la historia de la vieja Naussac a la del resto del mundo: una colectividad no puede desaparecer a causa de intereses que no son los propios. Eso no es posible, y he ahí un asunto de estudio...Por el momento, Naussac, en tanto colectividad, ha quedado pegada a una imagen, a un símbolo, aunque su vida cotidiana ya no está vinculada a nada...La geografía es cosa de espacio, pero un pueblo, una ciudad, son a la vez cosa de espacio y de tiempo, como los casi doce siglos de Naussac. Y es la combinación de estos dos elementos lo que resulta en un espacio en el que también se vive y que uno administra, ligándose a generaciones que han hecho otra cosa porque han habitado ese mismo espacio antes que nosotros...Y si este espacio, esta casa, pasase a ser el centro de vocación permanente de un estudio de estos problemas de desapariciones de ciudades en el mundo entero, pienso que Naussac habrá sido reencontrada. En alguna parte se restablecerá una paz que vendrá al espíritu de aquellos que han partido, y quizás las aguas se apacigüen un poco, y veré sonreír a esas almas que están allí debajo. Espero verlas sonreír algún día...No hay que suprimir la historia sino el derecho de las organizaciones administrativas que fuerzan desplazamientos y que en realidad deberían estar al servicio de la gente y no lo inverso”.

“Lo que me choca es que este loteo de suburbio podría ser encontrado en cualquier otra parte de Francia; no posee ningún sello particular...Si bien, es necesario reconocerlo, ninguna persona ha sido dejada sin ser resarcida. Y aun así, lo colectivo no ha sido encarado en ningún momento; el pueblo nuevo es tan sólo eso, una caricatura...Pienso que Naussac es ahora del orden de lo mental, del orden de lo imaginario. Para mí, está en el fondo del agua, es un símbolo, es otra cosa. Si uno ve que los muros de una casa pueden ser demolidos, que una iglesia puede ser despojada de su campanario, el símbolo, en cambio, la idea, eso no puede ser removido porque es más fuerte, y eso permanecerá”.

Contrástese esto con los informes que figuran en algunas páginas web del gobierno francés, declaraciones de una neutralidad por momentos ofensiva: “La historia de Naussac está ligada a la del río Allier. Villa apacible del departamento de Lozère, fue arrasada a fines de la década de 1970 tras una controversia a propósito de la implantación de una presa que aseguraría el estiaje de los ríos Allier y Loire, y que generaría un lago de retención que

acabaría por anegar la villa y gran parte de la comuna. Iniciados el 1 de octubre de 1976, los trabajos de la presa provocaron manifestaciones de oposición, poco nutridas sin embargo como para ofrecer resistencia a los poderes públicos. La casi totalidad de los habitantes de la antigua villa fue acomodada en una Naussac nueva situada en un enclave cedido por la comuna vecina de Langogne. Los trabajos de la presa terminaron en 1980 y el llenado del lago acabó en 1982. Hoy, este lago ha permitido el desarrollo turístico merced a las varias actividades que es posible llevar a cabo en torno a él". Otro informe sostiene: "La presa de Naussac permite asegurar durante el verano un caudal mínimo del río Loire a la altura de la comuna de Gien, cuya estación de medición sirve de referencia para las centrales nucleares de Belleville y de Dampierre. Los envíos de agua deben ocasionar el enfriamiento de esas centrales durante aquella estación. Diversas asociaciones ecologistas han denunciado la construcción de esta presa. El agua retenida sirve también, aunque en menor medida, para compensar las sequías que afectan a menudo a la agricultura local".

No proseguiré, tras todo esto, con transcripciones de los dichos de un alcalde posterior, Alain Gaillard, también entrevistado por el equipo y que, ya en tiempos de acomodamiento del nuevo pueblo a los discursos de Estado, se manifestó en un tono enteramente contrario al de Gavary. Las intervenciones de este otro funcionario son totalmente informativas, secas, su cuerpo mismo aparece enclavado tras el escritorio de su oficina y su rostro y su tono portan los signos de una voluntad de sepultar en monotonía textual el pasado vivo que la voz- Gavary había permitido sentir.

#### *Nuevas contribuciones a la historia natural de la destrucción*

Es posible vincular todo esto con asuntos que apuntan en una dirección teórica específica. Pues todo esto conduce, de hecho, a uno de los problemas mayores de nuestra cultura: la cuestión del borrado de las huellas históricas en los procesos territoriales que involucran acciones de destrucción. El trabajo político de eliminar estos rastros remite a Benjamin, por supuesto, pero también al escritor alemán Winfried Sebald, autores que supieron de primera mano acerca de los contubernios de la destrucción y de las políticas estatales. En sus críticas sin concesiones a la Modernidad tecnocrática, caracterizada por una razón económico-política que jamás decide poner en marcha la máquina productora de fronteras sin activar al mismo tiempo un mecanismo de seguridad que busca hacer desaparecer los rastros de lo que aquella ha eliminado a fin de "protegerse y proyectarse", Sebald y Benjamin reflexionaron por igual sobre los espacios en riesgo y sobre la lógica con que la Modernidad busca atenuar sus daños valiéndose de métodos perversamente invisibles. Para ambos (señalaré, de Benjamin, su escrito mayor que fue la inconclusa *Obra*

de los pasajes; de Sebald, ese breviario titulado *Sobre la historia natural de la destrucción*; en lengua original, *Guerra aérea y literatura*), la traducción de la barbarie a civilización estereotipada, de pasados convertidos en el decorado para el consumo de una clase media siempre sospechosamente inocente, e incluso de eso que la investigadora Ilaria Brocchini no hace mucho llamó “espacios económicos” (ligados a tradiciones y a patrimonios), en oposición a “espacios construidos” (ligados a convenciones de bienestar), tal era la operación característica de este mundo que promueve por todas partes eso que la misma Brocchini denominó “Traumhäuser” o “casas soñadas” (en *Huella y desaparición en la obra de Walter Benjamin*), lugares imaginarios que, una vez materializados, proponen la ilusión de una realidad confortable ofrecida como el soborno a una desapropiación mucho más fundamental que la implicada en un desalojo cualquiera. Esos lugares de ensueño (“Traum”) ofician entonces de paraísos “ready-made” instalados al precio módico de unos sacrificios que nunca son exactamente, según Christian Gavary lo había insinuado, vidas concretas de personas (desplazadas en todo caso a un sitio excelente), sino *relaciones* inmateriales y no obstante pregnantes entre generaciones humanas y espacios de trabajo, entre una sucesión histórica de cuerpos y un determinado territorio, eso que Benjamin denominó a su vez una “forma de vida”.

No es casual que los procesos territoriales promuevan su avanzada de fronteras contra *relaciones* tradicionales entre gentes y lugares; en este mundo en el que es destino de toda “voz”, de toda manifestación fónica ante los procesos de destrucción y de desaparición, convertirse en el chivo expiatorio de la razón económica global, las fantasmagorías del confort cobran forma concreta bajo apariencia de espacios perfectamente delineados en los que no aquellas *relaciones* sino un individualismo obcecado es la forma de vida sustitutiva a proponer.

La construcción del riesgo, como toda proyección de futuro, a duras penas podría ser una mera cuestión de cálculo, incluso si basado en datos en apariencia firmes. La razón de esto no depende de la naturaleza clara de tales datos sino del papel sobre el que dicho cálculo se realiza y que no es otro que el sujeto mismo, fábrica imprecisa e incontrolable que, para bien o para mal, engaña sobre su previsibilidad y control futuro a causa de su vocación estructuralmente recurrente; pues esa recurrencia suya no es nunca circular sino espiralada, de modo que lo habido hoy bien puede no volver mañana sino perderse, o incluso retornar pero de otro modo, bajo la forma de un riesgo insospechado para el mismo poseedor primitivo. Confiado en sus cálculos certeros, el sujeto tecnocrático imagina contar con el control exhaustivo de los datos que le permitirán disponer las cosas a fin de sobrevivir

sin transformarse. Sin embargo, allí donde él no se transforma, otros sí lo hacen bajo el impacto de diferentes accidentes no tan controlables. Esta deriva no tarda demasiado en arrojar su sombra sobre el sujeto primero (la historia devenida en otro lago artificial que anega a su soberbio emisor), dado que el espacio terrestre es en última instancia uno e indivisible pese a los muros que la razón económica global insiste en levantar como nuevas fronteras para sus formas más sofisticadas de “carrera” (formas que reciclan, podría decirse, las desigualdades y los privilegios de tiempos pre-democráticos). La entrega del “loteo” sobre el que montar las “Traumhäuser” de la clase media, que Gavary denunció, contribuía por tanto en pequeña escala a destrabar el problema de la red de energía nuclear en un territorio nacional, pero en gran escala contribuía también, de manera invisible, a la diseminación de la ilusión masiva de bienestar de que la clase media era (y es aún) la natural portadora.

En un escrito temprano de Walter Benjamin, *Experiencia y pobreza*, el borrado de las huellas históricas había sido comparado a la actividad de lo que él allí llamó “una nueva y positiva barbarie”. También en otro escrito posterior, *El carácter destructivo*, Benjamin asoció dicho borrado de huellas a la ideología Nacional socialista, que procuraba convertir el trabajo productivo, lento y seguro, en una rápida aparición magnífica, destinada a encandilar y a hacer del bienestar ofrecido una suerte de ficción inmemorial (nada más a-histórico, para Benjamin, que los mitos supra-históricos de felicidad colectiva). Narcotizada por sueños inducidos de vida modelo, la clase media propaga entonces las políticas del super-Estado de una razón económica global constituida en el riesgo mismo para toda forma de vida asociada a un territorio. Lo que aconteció en Naussac no fue entonces de ningún modo un hecho excepcional, sino parte de un movimiento mundial de fronteras que no cesa de cometer este tipo de acciones deletéreas y que, como el ladrón capcioso del cuento de Alí Babá, ofrece cambiar lámparas nuevas (las del progreso y el confort) por las lámparas viejas de los pueblos y de sus vetustos anclajes. ¿Pero quién aceptaría esta transacción contraproducente, salvo que el espacio de mil años no contuviera oculta la clave de un interés mayor? Este super-Estado que se indigna en el mundo libre por la destrucción de las riquezas insustituibles de Bagdad, no vacila sin embargo en sepultar en propio suelo y bajo un agua exprofeso volcada, aquellas *relaciones* que constituyen las legítimas riquezas de más de mil años de estacionamiento humano. Borrar huellas históricas y plantar en su lugar tramas a-históricas, tal es el proceso territorial que Benjamin y Sebald detectaron y que tiene lugar todavía hoy; con el agravante de que todo ello cuenta a su favor con mecanismos publicitarios harto eficientes a la hora de desplazar hacia el interior del sujeto mismo esos

procesos de olvido que sólo podrían conseguir a la larga un completo desfundamiento histórico.

Una cautela a la hora de emitir neologismos es siempre recomendable, sobre todo en Ciencias Humanas, debido al carácter no siempre sólido de sus objetos. Solamente un nuevo objeto, claro, comunicable y con seguridad pre-existente como tal, aún sino metodológicamente aislado todavía, podría justificar la introducción de un término específico, novedoso. ¿Cómo denominar entonces a la rama de la geografía y de las letras que tendría por objeto común el mapeo y el posterior estudio de las manifestaciones de este tipo de “voces”, de estos acontecimientos sensibles, fónicos, que emergen en medio de procesos territoriales cuya violencia destructiva pretende disolver los lazos de espacio-tiempo en que las comunidades se fundan? ¿La llamaremos acaso “geofonía”? ¿Será prematuro decidir ya mismo un destino disciplinar para dicho objeto, por claro que sea o se nos aparezca tras estas u otras especulaciones? Sabemos, por lo pronto, que esa disciplina imaginaria, que sin embargo parece respirar en algunas páginas de geógrafos, de antropólogos visuales, de escritores y de investigadores, buscaría entre otras cosas la identificación, a partir de diversos procesos territoriales, de las instancias fónicas del sujeto ante la realidad de alguna destrucción que implique la imposición violenta de fronteras contrarias a las voluntades comunitarias. ¿Sería posible imaginar luego un desarrollo patagónico para esta problemática que no nos es en absoluto ajena, a juzgar por las violencias territoriales de las que también estamos hechos? ¿Cuál sería la cartografía o la biblioteca de las voces afectadas de esta región, tras las tantas fronteras que un mismo proyecto de ser/poder, moderno, tecnocrático, global, ha impuesto al cabo de decenios sobre nuestras existencias, hasta el punto de casi no conseguir notar ello con total claridad, dado que dichas violencias e imposiciones han pasado a integrar ya buena parte de nuestra educación y por tanto de nuestra constitución misma de sujetos?